



¿*Quo Vadis* Primavera Árabe?

I. Introducción

Se cumplen dos años desde que se registraran en Túnez los primeros acontecimientos políticos y sociales que dieron vida a la ola de cambios más profundos que ha vivido el mundo árabe desde el fin del dominio colonial europeo, como consecuencia del fin de los imperios al concluir la Segunda Guerra Mundial en 1945.

La ola de cambios, surgidos como una manifestación espontánea de grandes masas sociales conectadas gracias a la tecnología moderna de Internet y medios de comunicación internacionales, terminó barriendo regímenes que hasta esa fecha se presentaban como sólidos y en gran medida, socios confiables de los intereses occidentales, vale decir de Europa y de los Estados Unidos.

RESUMEN EJECUTIVO

A dos años del comienzo de la llamada primavera árabe –uno de los movimientos políticos más importantes en la historia de la región– conviene hacer un recuento de la situación de los principales países involucrados y un análisis de las perspectivas futuras. Todo parece indicar que la mejor ruta de desarrollo para este proceso es la combinación de una serie de libertades (política, económica, religiosa y cultural) con una amplia gama de iniciativas de cooperación y diálogo interregional.

Hasta fines de 2010, pocos expertos de las relaciones internacionales podían imaginar que la llamada “Primavera Árabe” terminaría derrocando los gobiernos de Ben Alí en Túnez o el del poderoso Hosni Mubarak, Presidente de Egipto y Comandante en Jefe de uno de los mejores ejércitos de la región.¹

Tampoco era predecible el inminente fin de Gadafi, curiosa figura política y líder tribal cuya acción se remontaba a los años sesenta y que, tras haber dejado de lado el terrorismo internacional como forma de lucha antiimperialista, pasaba a ser uno de los mejores socios de la Unión Europea, especialmente de Italia.

Y qué decir de la convulsionada Siria, en donde las primeras manifestaciones que exigían cambios al régimen del Partido único socialista de Baaz de Bachar Al Assad, fueron violentamente reprimidas. Esta violencia generó un nivel de odio que rápidamente evolucionó hacia un conflicto armado que a la fecha, no encuentra solución y que ha derivado en uno de los dramas humanitarios más agudos de los últimos tiempos y en una suerte de parálisis de las Naciones Unidas (Consejo de Seguridad) para detener el enfrentamiento.

Lo cierto es que el mapa político y los equilibrios regionales que caracterizaban al mundo árabe y especialmente al Medio Oriente han cambiado para siempre. Con bastante probabilidad pasarán varios años más antes de que pueda surgir un ordenamiento estable tal y como conocimos en el pasado. Al comenzar el 2013 el volcán de pasiones e ideales que se expresara por vez primera en Túnez, aún no deja de remecer a una región que es clave para la paz y la seguridad internacionales, generando preocupación e incertidumbre ante un proceso que no siempre ha seguido los derroteros esperados por Occidente. Esta causa presenta una evolución que es difícil de prever y en donde el elemento religioso (Islam político) juega un destacado papel.

II. Principales actores del proceso de cambio

2.1 Túnez. Cuna de la primavera Árabe.

Túnez, sorprendió a la opinión pública internacional al protagonizar la revolución pacífica llamada “del Jazmín,” cuando miles de manifestantes -en su gran mayoría jóvenes unidos por las redes sociales- forzaron al dictador Ben Alí a huir junto a su familia.

A pesar de la censura y del estado de excepción, no se pudo acallar la seguidilla de noticias y convocatorias a protestar, proceso que alcanzó su punto máximo con la muerte del joven desempleado Mohamed Bouazizi. En perjuicio del gobierno, Francia -otrora metrópolis- quitó el respaldo al Presidente tunecino,

1. Este poderío comienza con el atentado que en 1981 costara la vida a su antecesor en el cargo, Anwar El Sadat, a manos de un comando fundamentalista.

haciéndole ver que no podría recurrir a las Fuerzas Armadas para restablecer la calma: era el momento de partir.

Túnez sin embargo, tenía muchos puntos a favor para el triunfo del movimiento democratizador: una sociedad civil desarrollada, la existencia de una clase media educada y tolerante, la vigencia de corrientes de opinión laica, renuentes a asumir una agenda islámica como objetivo final de la revolución. Estos elementos, sumados al apoyo occidental a través de la labor de varias fundaciones políticas y de la cooperación económica, se han conjugado hasta el presente para mantener a raya a los elementos más radicales del partido de la Hermandad Musulmana. Hasta el momento, a pesar de algunas manifestaciones callejeras, no ha prosperado la acción extremista del salafismo.²

El país ha avanzado en un calendario de transición y durante 2011 se ha instalado un nuevo Parlamento que determinará el futuro ordenamiento jurídico de la nación. Sin embargo, la crisis económica que afecta a Túnez con su secuela de alto desempleo juvenil, continúa siendo fuente de preocupación para la estabilidad del proceso democratizador. En este caso, como en otras latitudes, son los partidos fundamentalistas los que acechan a la juventud con un discurso populista y anti occidental.

Estados Unidos y la Unión Europea están conscientes de la importancia del pequeño país árabe, no sólo por su cercanía geográfica y cultural con el Viejo Mundo, sino porque éste emerge, en su calidad de “cuna de la Primavera Árabe” como una suerte de laboratorio democrático que será referente para el triunfo o fracaso de la democratización de las demás naciones del medio oriente.

2.2 Argelia. El camino institucional.

La situación en Argelia es diferente. Aún están frescos, en la memoria colectiva, la compleja situación vivida a inicios de los noventa, cuando las Fuerzas Armadas pusieron fin al gobierno del Frente Islámico de Salvación (FIS). Este hecho originó un periodo de inestabilidad y de terrorismo, sin embargo, a 20 años desde que las Fuerzas Armadas anularan las elecciones en las que ganó el FIS, el terrorismo se mantiene activo, pero bastante disminuido en la fuerza de los grupos extremistas.

Superado este escenario, la década siguiente se ha caracterizado por la progresiva marcha hacia un modelo de socialismo autoritario y pragmático encabezado por el Presidente Bouteflika.

Es así como en los agitados tiempos de la “Primavera Árabe”, la situación política en Argelia se ha mantenido estable. Las protestas registradas en 2011 no continuaron gracias a medidas económicas populares, como la baja de impuestos y la política disuasiva policial.

2. El salafismo es un movimiento político religioso que pretende regresar a las formas más conservadoras del Islam imperante hacia mediados del siglo XVIII.

En las elecciones parlamentarias de 2012, triunfó el Frente de Liberación Nacional (FLN) del Presidente Bouteflika, derrotando a la alianza Argelia Verde de los partidos islamistas. Si bien la participación electoral se mantuvo en un 43%, la victoria del movimiento del Presidente se interpreta como un respaldo a las reformas que ha introducido y un triunfo sobre las turbulencias que produjo la agitación de la Primavera Árabe. Así, en un contexto de estabilidad, Argelia espera las próximas elecciones presidenciales que tendrán lugar en noviembre de 2014. Las reformas económicas que liberalicen el comercio internacional del país continuarán siendo un desafío importante en una nación con altas cuotas de proteccionismo socialista. En este proceso jugarán un rol importante la liberalización del mercado de los hidrocarburos, del gas natural y la industria hortofrutícola como motores de una economía moderna y competitiva.

2.3 Libia. La influencia de la presión internacional.

El caso de Libia es como Túnez, caso emblemático de la Revolución Árabe de 2010-2011. Hasta esa fecha el país, que se ha caracterizado por una estructura social tribal y un Estado asfixiado bajo el liderazgo unipersonal del dictador Muammar Gadafi, gozaba de prosperidad gracias a su riqueza petrolera. Sin embargo, el descontento general con el poder despótico de Gadafi y su clan, dieron espacio a las primeras manifestaciones que fueron reprimidas violentamente por el ejército de elite. Rápidamente la violencia se extendió por las principales ciudades del país, transformándose Bengazi en el bastión de la oposición. La desproporción de fuerzas y la decisión de Gadafi de reprimir a cualquier costo a sus opositores llevaron a la comunidad internacional a presionar y finalmente a intervenir en un conflicto que se avizoraba sin solución política. Las Naciones Unidas mediante la Resolución N° 1.973 del Consejo de Seguridad, del 17 de marzo de 2011, autorizaba a “tomar todas las medidas necesarias” en Libia para “proteger a los civiles y a las áreas pobladas bajo amenaza de ataques”, incluyendo la creación de una zona de exclusión aérea. Por otro lado, la OTAN contribuyó -mediante los bombardeos selectivos- a la derrota militar del régimen libio.

Al derrocamiento y asesinato de Gadafi siguió un interregno de desorganización y de casi desintegración del Estado libio. Durante un tiempo se habló de la secesión de las provincias de Tripolitana y Cirenaica, sin embargo, el gobierno central logró restablecer su autoridad en la capital y en Bengazi, hecho que permitió la realización de dos elecciones libres, fruto de las cuales ha surgido un nuevo régimen, del cual se espera concluya la obra estabilizadora en todas las provincias libias iniciada durante el año de transición. Para ello, Libia cuenta con riqueza suficiente emanada de los pozos petroleros, recurso que asegura al país una relación privilegiada con Occidente. Pero al igual que en otros países de la región, Libia deberá luchar contra el terrorismo islámico y la proliferación de armamento ilegal proveniente de los cuarteles del régimen depuesto.

2.4 Egipto. La lucha entre sectores laicos y religiosos.

El caso de la República Árabe de Egipto reviste un interés especial teniendo en cuenta su estratégica posición entre el norte de África y el Medio Oriente, mediando entre este país e Israel el conocido desierto del Sinaí.

La Revolución Egipcia comenzó en enero de 2011 mediante grandes manifestaciones en la céntrica plaza Tahrir, lugar que desde entonces se ha mantenido como epicentro de la vida política del país del Nilo. El alto desempleo juvenil y la corrupción del régimen de Mubarak llevaron a la ciudadanía a exigir su salida del gobierno durante semanas. Las protestas llevaron al gobierno a un amplio despliegue del Ejército. Sin embargo, esta medida no logró intimidar a los manifestantes, a quienes se sumaron la Hermandad Musulmana y los salafistas, tradicionales corrientes enemigas del régimen secular de Mubarak.

Rápidamente el gobierno quedaba aislado al negarse el Ejército a reprimir al pueblo y al perder Mubarak el apoyo de los Estados Unidos. El Presidente renunciaba en febrero, entregando el poder a una Junta Militar encabezada por el Mariscal Tantawi, Comandante del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas de Egipto.

El gobierno provisional del Mariscal Tantawi (SCAF por su sigla en inglés) derogó el estado de emergencia vigente desde décadas y las restricciones a los partidos políticos, suspendió la Constitución de Mubarak, prometiendo elecciones generales libres y la convocatoria a una Asamblea Constituyente.

Las elecciones parlamentarias y de Asamblea Constituyente en noviembre arrojaron una amplia mayoría para la Hermandad Musulmana y para el partido salafista. Este hecho llevó a los sectores laicos, muy significativos en las Fuerzas Armadas, en el Poder Judicial y en las grandes ciudades, a distanciarse progresivamente del movimiento islamista, cuya meta principal es la introducción de la Ley del Corán o Sharia como principio legal fundamental del Estado.

La SCAF daba en mayo una especie de golpe blanco, disolviendo la Asamblea Constituyente y el Parlamento. Sin embargo, se mantuvo la convocatoria a elecciones presidenciales para mayo (primera vuelta) y junio (segunda ronda), resultando vencedor con un 51,7% el candidato de la Hermandad Musulmana, Mohamed Morsi contra el representante de los sectores laicos, nostálgicos del régimen caído y de los cristianos coptos, Ahmed Shafik, quien obtuvo un significativo 48,3% de los sufragios.

Las especulaciones y rumores políticos, así como una dosis importante de curiosidad por la orientación que seguiría el nuevo Mandatario, rodearon su ascensión a la primera magistratura de Egipto. Morsi es el primer Presidente de la milenaria historia egipcia en ser elegido democráticamente y, de su actitud hacia los países vecinos penden muchos hilos de la paz regional y de la multiculturalidad de Egipto, patria de más de 8 millones de cristianos coptos.

El Presidente Morsi, conecedor de estas expectativas pronunció un discurso a la nación en que prometía respetar la diversidad cultural y religiosa del país, nombrando como consejeros a representantes del mundo cristiano copto y del laico. Asimismo, expresó su voluntad de respetar los Acuerdos de Camp David suscritos en 1979 con Israel que han sido desde aquel tiempo pilares fundamentales de la paz entre ambos Estados.

Consolidada esta primera etapa, Morsi despidió al Mariscal Tantawi como Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, en lo que fue considerado un golpe a los sectores laicos del Ejército y una medida política destinada a restablecer la autoridad presidencial. El cambio se produjo sin mayores consecuencias, asumiendo el Mariscal un puesto como consejero del nuevo gobierno.

Una importante muestra de la fuerza del nuevo Egipto lo constituyó la mediación ejercida por Morsi cuando en noviembre estalló el último enfrentamiento entre Israel y el grupo extremista Hamas en la Franja de Gaza. La mediación de El Cairo fue avalada por Washington y por el Secretario General de Naciones Unidas, Ban Ki-moon. Tras días de un conflicto que amenazaba con expandirse peligrosamente, Hamas aceptó cesar los ataques a Israel mediante el lanzamiento de cohetes, en tanto que Tel Aviv ordenó el repliegue de su Ejército de la frontera con Gaza y puso fin a los bombardeos contra objetivos seleccionados en esa zona.

Aprovechando el éxito y prestigio internacional ganado con la mediación, el Presidente Morsi lanzó una serie de medidas conocidas como “el decretazo” destinadas a aumentar sus prerrogativas legales y al fomento del integrismo religioso al interior de la Asamblea Constituyente y por ende, de la nueva Carta Magna propuesta a la nación.

La reacción en contra del autoritarismo presidencial superó las expectativas. La plaza Tahrir volvió a ser escenario de enormes concentraciones y de enfrentamientos con la policía y los partidarios del gobierno, en tanto que jueces y magistrados iniciaban una huelga de protesta. Morsi ordenó al Ejército patrullar las calles de la capital y de las principales ciudades egipcias. Sin embargo, la multitud desbordó los controles militares, llegando a cercar el Palacio Presidencial. Entre tanto, el Alto Mando del Ejército declaraba por segunda vez que “no dispararía en contra del pueblo”.

De una vez la oposición laica mostró su poderío y firme voluntad de impedir que Egipto se transforme en un Estado regido por la Sharia, rechazando las ofertas del Presidente Morsi a iniciar un diálogo y expresando su repudio al referéndum constitucional convocado para los días 15 y 22 de diciembre.

No obstante, la oposición unida aceptó finalmente participar en el referéndum de la Constitución, llamando a votar “No”. La jornada del 15 de diciembre arrojó un total de 56,5% para la opción “Sí”, en tanto que la opción “No” alcanzaba un 43,5%. Como dato relevante cabe indicar que los opositores alcanzaron amplias preferencias en las grandes ciudades, siendo El Cairo la mayor victoria para el “No”, con un 56,9% de los sufragios.

El resultado final del referéndum consolidó el 22 de diciembre una cómoda ventaja (sobre el 60% a nivel nacional con mayoría en zonas rurales) para los partidarios de la Constitución, pero ello no significa que el gran debate y diferencias entre laicos y religiosos estén superados. Por el contrario, Egipto enfrenta enormes desafíos, siendo el principal la auténtica consolidación de las libertades y de la democracia conquistada duramente en la revolución del invierno de 2011.

Son cientos los egipcios que no están dispuestos a que la dictadura de Hosni Mubarak sea remplazada por el autoritarismo de la Hermandad Musulmana, ni menos a que la Sharia se transforme en fuente única del Derecho. En este sentido, el caso de Egipto es un exponente claro de los peligros que en general, acechan la ruta –el *quo vadis*– de la Primavera Árabe.

III. Perspectivas de futuro en la región

¿Será que tal vez Occidente se apresuró demasiado a quitar el piso a dictadores “confiables” como Mubarak, Gadafi y Ben Ali sin prever qué tipo de régimen remplazaría a los depuestos? ¿Es beneficiosa para la paz y la seguridad internacional la posible consolidación de un nuevo nacionalismo árabe basado en el Islam político como elemento aglutinador frente a un mundo global y capitalista representado por antonomasia por Estados Unidos?

Sin duda que son interrogantes válidas, pero difíciles aún de responder.

El derrocamiento de los dictadores por la presión ciudadana ha mutado de tal forma a estas sociedades que tal vez, no sería viable imaginar el sometimiento absoluto de éstas a un nuevo orden vestido con los ropajes de la religión. No en vano la juventud de la Primavera Árabe ha dicho “que no permitirán que nos roben la revolución”.

Sin embargo, el peligro integrista existe y en dimensiones que Occidente a veces parece subestimar, o más bien no comprender en cuanto a origen y potencial político.

La tradición cultural occidental evolucionó durante siglos hacia la sociedad secular en donde no existe un Cristianismo político, a diferencia del mundo árabe en donde, tal como se ha dicho, existe un Islam político que paradójicamente, se ha visto fortalecido con los sucesos de 2010-2012.

Aún es una interrogante si el Islam político será capaz de evolucionar hacia senderos democráticos, respetuosos de los Derechos Humanos, tal como los entendemos en la sociedad democrática occidental.

Lo concreto es que las nuevas fuerzas en juego deberán encontrar una forma de convivencia y de equilibrio muy diversa de la que predominó en las últimas décadas.

IV. Conclusión

Frente a los desafíos aquí descritos el camino indicado es sobre todo la cooperación para el desarrollo económico, político y social de los países que han vivido la Revolución Árabe. En este sentido, las fundaciones políticas podrían jugar un importante papel mediante programas de asistencia para el fortalecimiento de la sociedad civil y de los Derechos Humanos, especialmente de las minorías.

A modo de ejemplo, Egipto, el gigante del río Nilo requiere de la ayuda de los Estados Unidos y de Europa para superar sus altos índices de miseria y de desempleo. Occidente por su parte, necesita de Egipto como aliado para la preservación de la resquebrajada paz en Medio Oriente.

Así, tal como se estableciera después de la Revolución Francesa, la mejor ruta de desarrollo de la Primavera Árabe es la de la libertad política, económica, religiosa y cultural y por sobre todo, la de la cooperación y el diálogo interregional. El camino errado, por el contrario, conduciría a escenarios tan peligrosos como el que padece y desgarró hoy Siria, en una guerra fratricida cuyo final no necesariamente traerá la paz y la estabilidad anhelada.

En este complejo y móvil escenario se debería acrecentar la función del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas como ente garante y moderador de la paz internacional. Sin embargo, la guerra de Siria lo ha sumido en crisis debido al veto de China y de Rusia, sentando un precedente de inacción que abre una interrogante sobre su futuro y acerca de la necesidad de proceder a una reforma que fortalezca y adecue a las Naciones Unidas a las nuevas realidades mundiales.